

la novela **frivola**
Cinematográfica



N.º
28

El enemigo de las mujeres

por

Ossi Oswalda y Percy Marmont



* BOESE, Karl

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año II Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE N.º 28

Sir or Madam, 1928 (Gran Bretaña)

El enemigo de las mujeres

Adaptación de la novela de B. Ruck

Interpretación de

Ossi Oswalda, Annette Benson y

Percy Marmont, *Harold*

Hoth (luego Director de Cine)

* Versión inglesa de la Prod. Germania
"Ossi hat die Hosen an, 1928" con ossi

EXCLUSIVA DE
Oswalda, *Fritz Kampers*,
Balart y Simó

Aragón, 249

BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Postal obsequio: MAE MURRAY

El enemigo de las mujeres

Argumento de la película

Mabel Rhoss era una muchacha de última hora. Es decir: fuerte, sana, equilibrada y audaz... sobre todo, audaz.

Aquel día iba por la carretera guiando a gran velocidad su automóvil. La acompañaba su chofer, Jaime Gould, hombre de toda su confianza.

En un remanso del Támesis, los amigos de Mabel habían creado un nuevo Paraíso Terrenal. Era un club donde se reunía lo más alborotado y brillante de la juventud londinense.

Mabel detuvo su coche ante la orilla y descendiendo de él, dijo al chofer:

—Me quedo aquí. Tardaré algunos días en volver a casa. Si la tía Augusta pregunta por mí, Gould, dígame que estoy en casa de la tía

Emilia. Y mucho cuidado con descubrirme... ¡Se juega usted la piel!

—Vaya tranquila, señorita... ¡Jaime Gould es una tumba!

—Deme la recomendación que me prometió para el viejo mayordomo Simpson.

—Tome usted... y que regrese usted pronto, señorita.

Gould volvió a la ciudad, mientras Mabel entraba en el club y hablaba con su íntima amiga Diana, presidenta y animadora de aquel Paraíso Terrenal.

—¿Puedes darme hospitalidad por una noche? Me he escapado de casa.

—¿Has hecho eso tú? ¿Qué te propones?

—Muy sencillo... Tú debes recordar aquel artículo de Raúl Wellalone, que apareció, con su retrato, en no sé qué revista...

—Lo recuerdo... Hablaba despectivamente de las mujeres, llamándonos "muñecas sin talento ni corazón", ¿no es verdad?

—Sí, Diana... Y quiero demostrarle que no soy una muñeca... Gould me ha dado una recomendación para entrar como chofer en su casa.

—Tendrás que disfrazarte de hombre.

—¿Qué importa eso? ¿Quieres apostarte quince contra uno, a pagar en medias de seda, a que nadie se entera de que soy una mujer?

—Es una locura lo que pretendes...

—Tengo que hacerlo así, Diana... No hay otro camino. Si me presento como soy, me mandará con las niñas de la escuela.

Las dos amigas cenaron en el club y luego marcharon a casa de Diana, para descansar hasta el día siguiente.

Y entretanto, el chofer Gould volvía al domicilio de los Rhoss, con el temor de que le pidiesen explicaciones.

—¿Dónde está mi sobrina, Gould?—preguntó Lady Augusta Rhoss, la tía de Mabel, solterona empedernida.

—La señorita se ha quedado en casa de Lady Emilia...

Al día siguiente, el chofer tuvo que ir a la mansión donde habitaba Lady Emilia, otra solterona vieja y maniática.

—Y mi sobrina, Gould, ¿qué es de ella? —le preguntó.

—Se ha quedado en casa de Lady Augusta, señora—dijo el chofer, inclinándose y con el temor de que descubrieran su mentira.

Mas, por fortuna, no ocurrió así; ninguna de las dos tías sospechó la desaparición de la traviesa muchacha, y ésta pudo comenzar su alegre aventura juvenil.

* * *

Mabel, después de despedirse de su amiga Diana, marchó hacia la posesión donde vivía el novelista enemigo de las mujeres, el hombre que siempre llamaba insubstanciales y frívolas a las hijas de Eva.

Deseaba vivir cerca de él... y hacerle conocer que las mujeres no eran tan inútiles, tan muñecas de cartón como las describía su pluma.

Trocó su vestido femenino por un traje de chofer, alisó el cortado cabello hasta darle toda la apariencia de un peinado masculino y, cargada con su equipaje, se presentó en la finca de Raúl.

Wellalone Manor era el rincón recoleto donde trazaba sus novelas el escritor de moda en Londres.

Mabel fué recibida por Bernardo Simpson, el mayordomo de la casa.

La joven le entregó la carta de Gould, que el sirviente leyó con gran atención.

—La recomendación es buena... Gould ha sido siempre un chofer ejemplar, y espero que usted lo será también. Aguarde un instante.

Entró en el despacho de Sir Raúl Wellalone, donde éste se hallaba entregado al placer de escribir. Sir Raúl era para las mujeres el "ogro". Pero, en realidad, un hombre que conocía a fondo las "debilidades" del sexo débil.

El mayordomo le habló de aquel aspirante a chofer, y Raúl ordenó que fuera introducido al momento.

Abrió Simpson la puerta, encontrando a Mabel que escuchaba con atención.

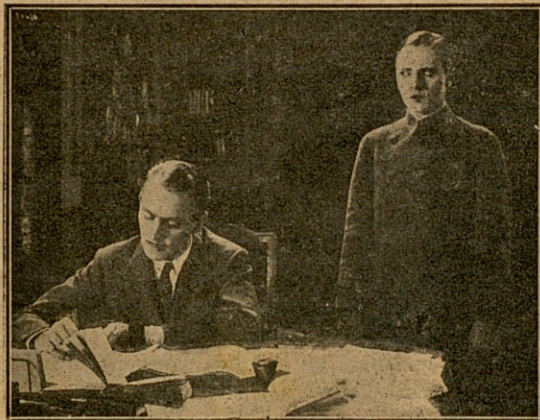
—Tenga usted cuidado—le dijo fríamente el mayordomo—. A veces el señor se distrae distrayendo sobre las cerraduras.

La jovencita entró y quedó vacilante ante la mesa donde el escritor trabajaba.

Sir Raúl no parecía prestar atención a la recién venida, quien pudo admirar a su sabor al

novelista. Era un hombre joven, de buen parecido, que llevaba vendada la mano izquierda.

Mabel comenzaba ya a impacientarse, cuando Raúl levantó los ojos y la miró. Le abarcó de pies a cabeza con una de esas miradas que pare-



... no parecía prestar atención a la recién vendada...

cen escudriñar hasta los más débiles pensamientos.

—Usted se llama Juan Antonio Smith, ¿verdad?—le dijo.

—Sí... sí, señor.

—Necesito un hombre que conduzca mis coches hasta que mi mano se haya curado... Pero

usted me parece muy joven... demasiado joven.

—Sé conducir como un viejo, señor...

—En fin. Lleva buena recomendación, y eso le vale. Queda admitido a mi servicio.

Y llamando al mayordomo le ordenó le acompañara al garage y le indicara la habitación que debía ocupar en lo sucesivo.

Cuando Mabel salió del despacho, el novelista murmuró, perplejo:

—Extraña mirada tiene el muchacho... Mirada de niña... de mujer...

Pero sin volver a acordarse de él, prosiguió con mayor ardor que nunca la novela comenzada.

Poco después tuvo que interrumpir su labor, pues le anunciaron una visita, la de su prima Virginia Day, viuda, joven y bella, que no se resignaba a ser solamente parienta de Sir Raúl... El novelista le parecía el marido ideal.

Raúl bromeó un poco con aquella mujer de cuerpo esbelto, de ojos apasionados. Ella le escuchaba con deleite, interesándose por cuanto se relacionaba con el escritor.

—¿No sabes? Tengo un chofer nuevo. Parece un chiquillo, pero creo que guía como un veterano.

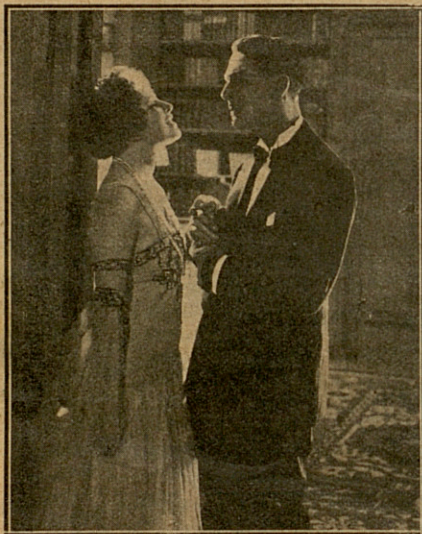
—Me gustaría conocerle.

—Mañana tendrás mi coche a tu disposición y podrás conocerle... Pero, mucho cuidado, prima.

—¡Por Dios, Raúl!

Despidióse de él, estrechándole cariñosamen-

te la mano y mirándole con la dulzura de esas miradas de mujer que parecen prometerlo todo. Pero Raúl permaneció impasible... Tenía poca simpatía al otro sexo, fuera de determinados momentos de debilidad.



—... mucho cuidado, primita.

Cuando Virginia hubo marchado, Raúl llamó al mayordomo y le dijo:

—Dígale a Smith que mañana he de ir a casa de la señora Day con el coche pequeño.

Simpson corrió a transmitirle la orden y Mabel apuntó las señas de la casa.

El nuevo chofer cenó en la cocina, con los demás sirvientes. La presencia de aquel muchacho tan mono, tan joven, tan cosa delicada, conmovió el alma más o menos materialista, más o menos sentimental, de las doncellas.

Le atendieron con cordial afecto, rivalizando en el honor de servirle. Mabel se reía del desarrollo de la farsa. Menos mal que todo iba bien y que había caído con buenos ojos.

La aventura era interesante y ella la iba a vivir en su integridad.

¿Conque las mujeres no servían para nada, eh? ¿Conque eran simples criaturas de frivolidad, muñecas locas, inútiles para todo? Pues ya vería Raúl cómo se equivocaba en sus apreciaciones.

Tras de la cena marchó a su habitación. Abrió las maletas, llenas de trajes femeninos, de finas camisitas, de medias de seda... y lo guardó todo en un armario.

Y como se sentía muy fatigada por el trabajo del día, se desnudó y al poco rato dormía blandamente en el lecho...

* * *

Desde la llegada de "Juan Antonio Smith", el garage, y particularmente la habitación del chofer, eran muy frecuentados por las doncellas de la casa.

Tres eran las criaditas que se disputaban la

predilección de aquel muchachito simpático, cuyo amor debería tener colores de iniciación.

A las ocho de la mañana, Rosa, una de las doncellas, llamó al cuarto de Mabel... Esta acabó de vestirse con rapidez.

Abrió la puerta y entró la doncellita, con un jarro de agua.

—¿Se ha descansado, Smith?

—Sí, muy bien... ¿Y usted?

—¿Yo?... A ratos solamente...

Y la atrevida criatura se acercaba a Mabel, queriendo derretirla con la aproximación de sus gracias... Pero... como si nada... El chofer era un "biscuit" polar.

—Bueno, niña... Me he de acabar de arreglar, ¿comprende?—dijo Mabel.

—¡No sea erizo, Smith! ¡Por usted me siento capaz de todo!

Pero como el chofer mostrase su mal humor, la insaciable criadita acabó por marcharse...

Permaneció cerca de la puerta, con un deseo grande de no perder el rastro del adorable "Smith".

Celosa, vió cómo María, otra de las doncellas, entraba también en la habitación, con otro jarro de agua.

Aunque María intentó manifestar sus ternuras para el nuevo conductor, Mabel, disgustada, la despidió a cajas destempladas.

Salió la mujer, encontrándose en la escalera con Anita, otra de las criaditas, que tampoco

se había olvidado de llevar el agua para que el muchacho se pudiera lavar.

Las dos chicas se miraron con ira, prontas a acometerse bajo el impulso de los celos; pero Anita consideró más acertado no hacer caso de su rival, y llamó al cuarto.

Mabel, enfurecida, le abrió la puerta. La joven se había enjabonado la cara, simulando que se estaba afeitando.

Su indignación no tenía límites ante aquel continuo desfile de doncellas.

—¡Tome usted el jarro de agua!—le dijo la criadita.

—Gracias... Tengo ya dos...

—¡Ay, qué simpático es usted, Smith!

Y le miraba con ojos dulces, moviendo los labios como si pretendiera que le diesen un beso.

Mabel se reía interiormente de los estragos que estaba causando en los corazones femeninos... ¡Lástima que no fuera hombre! Pero, a lo menos, para tener toda la apariencia varonil, cogió la navaja y comenzó a "afeitarse".

La presencia de Anita le ponía los nervios en tensión, temiendo que fuera a cortarse el rostro.

—¿Quiere usted hacer el favor de retirarse? ¡No puedo afeitarme si me miran!—gritó.

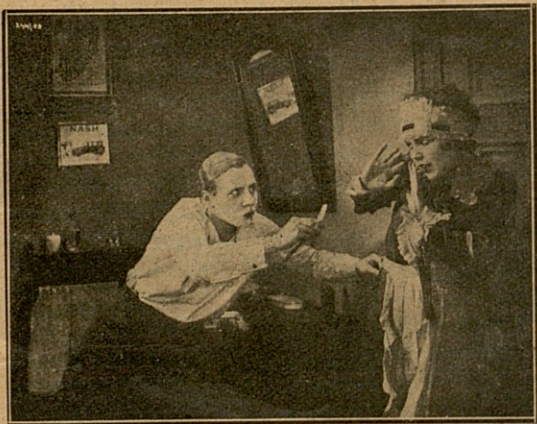
—¡Es que es usted tan interesante, tan único, Smith!

—¡Salga de aquí, demonio!

Y esgrimiendo la navaja avanzó hacia Anita, como si fuera a agujerearle la piel.

La joven lanzó un grito de espanto y huyó por fin, lamentando el mal carácter de aquel adorable muchachito.

Pero como viese a las otras dos doncellas, que la aguardaban a la puerta, se echó a reír, alisóse el cabello y demostró una satisfacción de



—¡Salga de aquí, demonio!

mujer triunfadora en las lides del amor.

Las dos compañeras la vieron desaparecer y comentaron rabiosamente su actitud.

—¡Esa ansiosa de Anita se figura que va a conquistarle con tanta facilidad como al jardinero!

Fueron a la cocina, y, viendo en ella al jardinero, María le dijo:

—El nuevo chofer te ha desbancado, Melitón.

—¡No mientas!

—Anita ha estado en el cuarto de Smith...

—¡Ah, yo daré el debido merecido a ese hombre!

María, contenta de su venganza contra la rival, comenzó su faena de limpiar las habitaciones de la casa con un moderno aspirador de aire... Encontró a Anita, que estaba realizando la misma operación.

Las dos muchachas se trabaron de palabras y, empuñando ambas el aspirador, estuvieron a punto de arrancarse mutuamente los ondulados cabellos.

Entretanto, Mabel había ido a limpiar el automóvil, y lo realizaba con la presteza de un profesional.

Raúl la sorprendió en su trabajo, y distraídamente la dió un pisotón que hizo lanzar a Mabel un estridente chillido.

—Chilla usted como si fuese una damisela —dijo, riendo, el novelista.

—¿Yo? ¡Pues no soy poco hombre!

—Bueno... Va usted a acompañar a una excursión a mi prima Virginia Day... ¡Pero, mucho cuidado!

—Soy de confianza, señor.

Y Mabel, aquella tarde, marchó a buscar a la hermosa prima del novelista.

Virginia Day, mujer de vida apasionada, ve-

hemente, contempló con profundo agrado al muchachito. ¡Qué cosa tan delicada!

Mabel, un poco nerviosa, guiaba el automóvil. Junto a ella se sentó Virginia, quien, durante el camino, le hizo diferentes preguntas sobre su vida, que Mabel contestó a su manera.

Cerca de un bosque se detuvieron para tomar el té, que ya llevaban a prevención.

—¡Venga usted conmigo!—le dijo la dama—. Tomará también té.

Virginia se sentó en el césped, mientras Mabel, molesta por las miradas insinuantes de la señora, no osaba moverse del automóvil.

—Le digo que venga a tomar el té, Smith—le murmuró, mirándole con sus ojos negros.

Mabel no tuvo más remedio que acceder y se sentó junto a ella.

Tomó unas pastas y sorbió un poco de té...

De pronto, Virginia se echó a reír y le dijo:

—¿Cree usted que nadie le iba a descubrir su secreto?

—Señora...

—Todo fingimiento es inútil... Es usted mismo quien se traiciona.

—Yo le ruego...—dijo, casi llorando.

—Sé lo que le ocurre... Usted no es un vulgar chofer, usted es un joven de buena casa, que seguramente ha hecho una calaverada de las gordas... Una mujer adivina esas cosas en seguida.

Mabel lanzó un alegre suspiro. Había creído que sabía algo peor...

—Tiene usted razón, señora—dijo—. No he nacido para chofer... mis padres eran ricos...

—No tema una indiscreción de mi parte... Nadie sabrá su secreto. Porque yo...

Se acercó mucho a Mabel, cual si fuera a besarla... La joven se levantó asustada y como en aquel momento oyese pasos que se acercaban, volvió a subir al automóvil.

—Vámonos de aquí, señora... Si nos llegan a ver...

—¿Qué importa ello?

—Marchemos... Mi amo se enfadaría si lo supiera...

Empuñó el volante. Virginia Day, fastidiada por haber tenido que interrumpir su idilio, se acomodó al lado de Mabel.

Y el coche emprendió pronto el regreso a casa... y Mabel se sintió muy nerviosa ante las continuas palabras de miel que la dama le prodigaba. ¿En qué pararía aquello?

* * *

Melitón, el jardinero, estaba de malas... Aquel "sietemesino" de chofer había echado por los suelos su papel de conquistador.

Encontró a Anita, su novia, arreglando el cuarto del chofer y poniendo sobre la mesa un bucaro de flores.

—¿Qué haces tú aquí... en la habitación del chofer?

—La estoy limpiando.

—¡Cuidado, Anita! En cuanto yo le eche la

vista encima a ese sietemesino, buenas le voy a poner las orejas.

—¡Tú no vas a hacer nada!

Y salió, rechazando al jardinero, que pretendía cobrarse el despalte con una caricia.

No tardó mucho en regresar Mabel, después de haber dejado en su casa a Virginia Day.

Anita la vió y corrió al garage, pues se le hacían interminables los minutos en que no estaba a su lado.

Melitón espiaba y siguió sus pasos, encontrando a Anita y a Smith charlando afectuosamente.

—¡Oye, tú, Smith!—le dijo con tono bravucón—. ¿Crees que te voy a consentir que mi novia te adorne el cuarto con flores?

—Melitón, no creo que haya en eso ninguna ofensa para ti...

—¡Tú no sabes aún quién soy yo, pequeño! ¡Pero me parece que vas a saberlo muy pronto!

Fué a agredirle, pero Mabel, comprendiendo que había llegado el momento de demostrar un poco de fuerza adecuada a su sexo, lanzó un "directo" contra la barbilla de Melitón, con tan buen acierto, que éste vino a rodar por tierra.

Melitón se levantó, enfurecido, pronto a castigar al insolente jovencuelo.

Mabel, con ayuda de Anita, cogió la manga de riego y empezó a lanzar agua contra el jardinero.

Mientras tanto, el novelista Raúl avanzaba por el jardín, en compañía del mayordomo.

—Smith es una alhaja de chofer—decía el

mayordomo—. El único defecto que le encuentro es ser demasiado guapo.

—Mejor así, Simpson... Las muchachas se irán tras él y nos dejarán en paz.

Simpson volvió a la casa, y Raúl prosiguió su dulce paseo por el bello jardín.

Hirió de pronto sus oídos un griterío que venía del garage y corrió hacia allí, viendo cómo Anita y Smith se divertían rociando al pobre jardinero.

—¡Alto! ¿Qué ha pasado aquí?

Su presencia bastó para que se aplacaran los ánimos.

—¡El pillastre ese me ha puesto hecho una sopa... encima de birlarme la novia!—dijo Melitón.

—Es mentira, señor... ¡A mí no me interesa la novia de nadie!—protestó Mabel.

—Que no se hable más del asunto... Y tú, Melitón, da la mano a Smith en señal de amistad.

El jardinero, a regañadientes, obedeció, pero dió tal apretón de manos al chofer, que éste estuvo quejándose largo rato.

Melitón marchó con Anita, y dijo a ésta:

—Esos coqueteos con Smith van a terminar pronto, ¿me oyes bien? ¡De lo contrario, habrá guerra!

Anita le hizo un gesto de desdén y marchó a su cuarto, enfurecida contra Melitón.

* * *

Al día siguiente, Simpson llamó a Mabel y le dijo:

—Sir Raúl quiere llevarle a su lado, Smith. Desde hoy se encargará usted de su servicio personal.

Esto le pareció a Mabel poco agradable... Si-guió al mayordomo, entrando atemorizada en el cuarto de Sir Raúl.

El escritor vestía un pijama e iba a tomar un baño.

—Buenos días, Smith—le dijo Raúl.

—¡Muy buenos, señor!

—Atienda las instrucciones del mayordomo, Smith.

Raúl entró en un cuarto contiguo, y Simpson dijo a Mabel:

—Cuando el señor le llame, le da usted masaje en frío y le afeita en el cuarto de baño.

Marchó el mayordomo y Mabel tembló, horrorizada ante lo que tenía que hacer. De pronto vió por un espejo al novelista que se quitaba el pijama. Dió un salto, acometida por el temor.

¡No, no!... Ella no estaba allí para hacer masaje a nadie. ¡Qué espanto!... Y salió velozmente en dirección al garage.

Allí permaneció largo tiempo, hasta que Raúl la llamó, preguntándole por qué motivo se había marchado sin darle el masaje ni afeitarle.

—Usted perdone, señor... pero soy torpe para esas cosas... No las he hecho nunca.

—Aprendería conmigo.

—¡No, no!... Lo único que sé hacer es conducir.

No quiso insistir Raúl y se alejó sonriendo, después de mirar con profunda atención al conductor.

Algo decía al escritor que flotaba un misterio en la vida de su chofer.

Aquella noche, Raúl ordenó a Mabel le acompañase en automóvil para ir a casa del matrimonio Lexington, que daba en su castillo un baile de trajes.

Entre los invitados a la fiesta estaba Virginia Day, que no dejó de bailar con el novelista.

Mabel, junto a una ventana, miraba con atención lo que ocurría en la gran sala de baile. Contemplaba a Raúl, del que, sin saber cómo, se iba sintiendo íntimamente enamorada.

Una doncella de los Lexington vió al chofer, y también se sintió enamorada de sus gracias... La especialidad de "Smith" eran las doncellas. ¡Ambicioso!

—¿Quiere ver mejor el baile? Venga conmigo.

Y le llevó a otra habitación, desde donde se veía todo lo que pasaba en los salones.

Virginia, mientras bailaba, vió al chofer del novelista... Y como el conductor era el capricho de la dama, Virginia, para poder ir a reunirse con él, se excusó de seguir bailando con Raúl,

pretextando que se le había descosido el vestido.

Y avanzó hacia el cuarto donde estaban Mabel y la doncella. La primera, asustada, se escondió tras un biombo.

Virginia hizo salir a la doncella y viendo por el espejo al chofer, le llamó cariñosamente.

—Muy bonito, Smith. Siguen interesándole a usted las mujeres, ¿verdad?

—No, no...

—Venga conmigo. Iremos a pasear por el jardín.

Ya en el jardín, se oyó de nuevo la música de la orquesta.

—¿No le molestará a usted bailar un poco conmigo?

—Pero si no sé.

—No importa.

Y le cogió amorosamente y sobre el mismo jardín trenzó los puntos de un baile.

Raúl había salido al parque, y su sorpresa no tuvo límites al ver a su prima bailando con Smith.

—¡Con mi chofer!—exclamó.

Avanzó hacia ellos. Mabel, al verle, lanzó un grito y desapareció... Virginia conservó la serenidad ante el compromiso.

—No hay nada más agradable que bailar al aire libre, Raúl—le dijo.

—Ya lo veo... ¿Y quién era tu pareja?

—Bailaba... bailaba con el hijo de la casa—

dijo, creyendo que en la oscuridad no habría reconocido al chofer—. ¡Una criatura!

—Muy pequeño debe ser, en efecto... porque hace quince minutos, los Lexington no tenían ningún hijo.



—¿Y quién era tu pareja?

Y alejóse, mientras Virginia, avergonzada, soñaba en las gracias juveniles de aquél Smith tímido y adorable.

* * *

Algunos días después, Sir Reginaldo Rhoss, el hermano de Mabel, fué a ver, después de un largo viaje, a su tía Augusta. Tras los primeros transportes de alegría, preguntó:

—¿Y Mabel? ¿Cómo es que no está aquí?

—¿Mabel? ¡Pero si está pasando unos días en casa de la tía Emilia!

—¡Eso no es posible! Ahora vengo de allí, y ni sombra de Mabel.

Llamaron al chofer Gould, y tras largo forcejeo consiguieron arrancarle la verdad.

—La... la... la señorita Mabel... ha ido a casa de la señorita Diana...—dijo.

—Yo me voy ahora mismo a casa de Diana, a ver si está allí esa locuela—dijo Reginaldo.

Y marchó velozmente en su automóvil, hacia el club del Támesis.

Entretanto, Smith, paseando por las cercanías de la casa de Raúl, habíase topado con Virginia.

Ella, acariciándole las manos con apasionamiento, le dijo:

—Smith... ya habrá advertido usted que no me es indiferente.

—Pero, señora... yo no puedo tener aventuras...

—No sea cruel, Smith... Deme su palabra... Esta noche, a las once, en el parque de Wellalone.

—Conforme. Esta noche a las once—dijo, al cabo de unos momentos de silencio.

Y esquivando los brazos tentadores de la otra, volvió a su habitación.

Ya en ella, estuvo meditando largo rato. Comprendió que era preciso acabar de una vez la aventura que estaba viviendo y que se complicaba de modo extraordinario. Además, aun-

que Raúl no había insistido para que de nuevo fuera a hacerle su aseo personal, le asustaba la idea de que pudiera exigirselo.

Vistióse ropas femeninas, y al llegar las once marchó al jardín, diciéndose:

—¡Buen chasco se va a llevar Virginia Day cuando vea que soy una mujer! Pero es el único medio para que no me moleste más.

Estuvo vagando largo rato en espera de la ansiosa enamorada. Pero Virginia no acudió a la cita, bien contra su voluntad... Virginia vivía con una tía suya, una señora anciana de genio irascible... Aquella noche le dió a la vieja por no querer irse a dormir... y Virginia no se pudo mover de su lado.

Cansada de esperar, Mabel regresó a su habitación... Raúl, que estaba asomado a una ventana, la vió entrar en el pabellón del chofer. No la reconoció. Y creyó que se trataba de una conquista de Smith.

Arrugó el ceño. ¿Conque Smith recibía visitas nocturnas? ¡Ah, pilló! Pero él en su casa no permitía escándalos... Al día siguiente sabía Smith lo que costaban las aventuras.

* * *

A la otra mañana, Mabel bajó a desayunarse a la cocina, donde estaba toda la servidumbre. Anita y sus amigas habían renunciado definitivamente a él ante su fría pasividad.

Mabel leyó una carta que le acababan de entregar. Decía:

Querida Mabel: Noticias trágicas. Tu hermano Reginald está aquí. Ha venido a verme y no he sabido qué decirle. Ven en seguida a casa.

Diana

La joven palideció y guardóse la carta.

—Sir Raúl quiere hablarle inmediatamente... Vaya con cuidado. Hay tempestad por allá arriba—le advirtió Simpson.

Mabel tembló. ¿Habría adivinado la verdad? Pero, revistiéndose de serenidad, entró en el despacho de su amo. Este puso bruscamente en sus manos unos billetes y le dijo:

—Aquí tiene usted su paga... Firme usted ahora el recibo... Está usted despedido. Yo había contratado un chofer, no un Don Juan.

—Señor...

Le miraba con sus grandes ojos claros, enamorada de él.

—Supongo que sabrá usted a lo que me refiero.

—No, no señor.

—¿No llevó usted anoche una señorita a su habitación?

¡Bien comprendió ahora Mabel! Raúl la había visto con el traje femenino... Y la tomó por otra mujer.

—No puedo negarlo, señor.

—¡Lo que haga usted por ahí, me tiene sin cuidado! Pero en mi casa, exijo la máxima corrección.

Firmó Mabel, procurando ocultar sus lágrimas.

mas ante el lamentable fin de la aventura, y salió rápidamente.

Cuando el mayordomo entró en el cuarto para hacer la limpieza, vió que Smith había dejado olvidada en su armario una camisa femenina.

Corrió a mostrar esa delicada prenda a la servidumbre, y dijo:

—¡Ahora comprendo!... ¡Por eso no quería tratos con vosotras!

Y fué también a dar cuenta de su hallazgo al novelista Raúl.

—¡Por lo visto, ese Smith recibía en su cuarto la visita de verdaderas señoras! ¡Mire usted!

Una gran sorpresa invadió a Raúl. ¿Aquella camisita femenina, la mirada femenina de los ojos de Smith, no eran motivos para sospechar?

—¿Tiene usted la dirección de la persona que recomendó a Smith?

—Sí, señor... Jaime Gould, chofer en casa de Lady Augusta Rhoss, Wimbledon, Londres.

—Que saquen el coche pequeño. Creo que ya podré conducir yo mismo. Tengo el brazo bien.

Media hora después, Raúl se disponía a subir a su automóvil. Apareció Virginia, a quien comunicó:

—He despedido a Smith... Pero hay en su conducta algo muy extraño que me impulsa a ir en su busca...

—Yo voy contigo, si me lo permites—dijo ella, no menos interesada.

Y ambos partieron hacia Londres.

* * *

Mabel había ido al club de Diana.

—¡Ya estoy fuera! ¡Me han puesto en la calle de un puntapié!—dijo.

—He ganado, entonces, la apuesta... Habrá notado en seguida que eras una muñeca, ¿verdad?



—¿Por eso no quería tratos con vosotras?

—Al contrario... ¿Sabes por qué me ha despedido? Por hacerle la competencia a Don Juan Tenorio.

—Aquí estuvo tu hermano y le hice creer que habías vivido conmigo... pero...

—Haz el favor de llamar por teléfono a mi chofer... Es preciso que venga en seguida.

Media hora después, se presentaba, taciturno, Gould, a quien la joven ordenó le condujese a casa en el automóvil.

También por la misma carretera se acercaban a Londres Raúl y su prima Virginia.

Pero en un brusco viraje, su automóvil vino a caer en la cuneta del camino, quedando el coche inmovilizado, aunque sin sufrir el menor daño sus ocupantes.

Acertó a pasar por allí el vehículo en que iban Mabel y su chofer, y les pidieron auxilio.

Detúvose la joven, y su sorpresa fué inaudita al encontrarse frente a frente con el escritor y con su prima Virginia.

También éstos la miraron asombrados... Aquella hermosa mujer tenía el mismo rostro, la misma idéntica figura que el chofer Smith... La tremenda semejanza les dejó anonadados... Pero nada dijeron, sin poder acertar aún a definir sus impresiones...

Con voz entrecortada, Raúl, que no podía concebir, sin embargo, que aquella hermosa mujer fuese el mismo chofer Smith, explicó el accidente del coche, rogándoles les prestaran auxilio para sacarlo de la cuneta.

—Vengan conmigo. Soy Mabel Rhoss. Estamos ya cerca de mi casa, donde ustedes podrán descansar un rato—dijo Mabel, riendo alegremente por el nuevo giro que tomaban las cosas. —Mi chofer se quedará aquí para reparar el automóvil averiado, y cuando esté listo, les vendrá a buscar a casa.

Accedieron, encantados e inquietos al mismo tiempo por lo que pudiera ocurrir.

Virginia se sentó al lado de Mabel, y en el asiento de detrás lo hizo Raúl.

Reemprendieron la marcha, mientras Gould quedaba en la carretera.

—Dispénsame... Quisiera saber si tiene usted un hermano que se le parece mucho—preguntó Virginia a la joven.

—Sí, señora.

—Y... ¿es chofer ese joven?

—¿Chofer? ¡No, no!—dijo, sin poder contener la risa.

Entretanto, Raúl había encontrado en el asiento una gorra de chofer, en cuyo forro se leía: "J. A. Smith."

Era la misma gorra que había llevado siempre Mabel durante sus días de chofer en casa del novelista.

En aquel momento, Raúl tuvo la revelación de la verdad. Juan Antonio Smith era una mujer... Smith no era otro que la señorita que ahora guiaba el volante.

Nada dijo, en espera de tener una conversación a solas con ella.

Llegaron a casa de Lady Augusta. Mabel, después de explicar a su atribulada tía y a su hermano que había estado unos días en casa de Diana, presentó al novelista y a su prima, y dijo:

—Tienen el automóvil en la carretera... To-

marán el té con nosotros mientras el chofer Gould les arregla el coche.

—¿De modo que su chofer se llama Gould?

—dijo Raúl.

—Sí... sí, señor.

—Tengo interés en hablar con él.

Lady Augusta y Reginald atendieron cariñosamente a sus huéspedes. No era aquél el momento de reñir a Mabel. Más tarde le pedirían explicaciones por su ausencia.

Llegó poco después Gould, y Raúl y Mabel fueron a su encuentro.

—Dígame, Gould, usted me recomendó un chofer que se llamaba Smith. ¿Sabría usted decirme dónde podría verle?—preguntó Raúl, con intención.

Gould bajó los ojos, avergonzado, pero Mabel, sonriente, le dijo:

—Gould... no se azare... Diga que va usted a buscar a Smith...

—Yo... quiero... y puedo... es decir... voy a ver si encuentro a ese Smith.

—Le agradeceré ese favor.

Los invitados fueron a la sala a tomar el té. Raúl esperó unos momentos en la habitación. Instantes después, se presentaba Mabel vestida de chofer...

El novelista la miró sonriendo, y dijo:

—¡Buen pájaro está usted hecho, Smith!

—¿Yo? ¿Por qué?—contestó con ingenuidad.

—¿No se avergüenza usted de esto? ¡Una camisita de mujer en su armario!

Y le mostró la que habían encontrado en su habitación.

Entonces Mabel no pudo disimular más su comedia y se echó a llorar nerviosamente.

—Lágrimas, ¿eh? —dijo Raúl—. ¿Y usted quiere ser un hombre?

—¡No, no lo soy! ¡No lo seré nunca más!—dijo, turbada.

—Smith y Mabel son la misma persona. No me he engañado. Pero, ¿por qué hizo usted eso?

—¿Qué sé yo? Porque estaba furiosa contra sus escritos, y quise demostrarle que no todas las mujeres éramos unas muñecas que no servíamos para nada.

—¡Mabel!... ¡Adorable chiquilla!... ¡Me ha dado usted una lección... y la recojo! En efecto, las mujeres no son las criaturas inútiles que yo creí.

Y de repente, acometido por dulce pasión, la besó en los labios, y aquello fué el prólogo de un gran amor entre los dos.

Raúl juró callar la aventura y nadie supo nunca la verdad. Ni siquiera Virginia, a quien volvía loca la semejanza entre aquel chofer y la actual mujercita encantadora.

Algunos meses después, un sacerdote bendecía la boda del novelista y de Mabel. Y Raúl juraba, no volver a ser nunca un enemigo de las mujeres... especialmente de su mujer...

FIN

Ha sido revisado por la Censura

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Ultimos éxitos:

**Estrellas dichosas
Esto es el cielo
La senda del 98
Espejismos**

Acaba de aparecer:

Evangelina

por Dolores Del Río

En preparación:

Orquídeas salvajes

por Greta Garbo y Nils Asther

Precio: 1 peseta

8. 19-2-6/8

**L
a
N
o
v
e
l
a**
para
**T
o
d
o
s**

Números publicados:

1. Mary la buena, Mary la mala
por Manuel Reinlein Solomayor
2. La que no pudo ser mala
por Sara Insúa
3. La estrella de los montes
por R. Merchán Vargas
4. Ella, Él y el Perro
por Jorge Clary

Ayer salió:

Alicia, la divina amante
por L. Linares Lorca

COLABORACIÓN SELECTA
Precio: 30 cts.

Otro gran éxito

La Novela Sentimental Precio:
30 cts.

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

EB